



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

3 de marzo de 1888

Núm. 18



LA ABUELA

Ayuntamiento de Madrid

LAS AVENTURAS DE SANTIAGUILLO EL TROTÓN

VAMOS, muchacho: coge esa sombrerera y llévala á su destino cuanto antes.

—¡Qué bonita y qué fuerte es, maestro!

—Eso no te importa: lo que has de hacer es marcharte corriendo y volver muy pronto.

Este diálogo mediaba entre un maestro sombrerero, el Sr. Anastasio, y el chico á quien empleaba para los recados, á quien llamaban Santiaguillo y por apodo *el trotón*, en sentido burlesco, porque era el chico más haragán y cachazudo que imaginar se pueda.

—Vamos,—repitió el maestro;—á ver si corres de modo que apenas toques al suelo con los pies.

—Eso no se puede hacer siempre que se quiere, maestro,—contestó Santiaguillo.

—Pues será preciso que hoy te esfuerces, con voluntad ó sin ella; porque á la persona que ha de recibir el sombrero no le gusta esperar.

—Cuando se corre demasiado, llega un momento que no se puede resistir más,—replicó Santiaguillo *el trotón*.

—¡Bueno, bueno!—repuso el sombrerero.—Ya procuraré obligarte á ser listo.

—¡Que vaya corriendo!—murmuró el muchacho.—Siempre dice lo mismo. Si no fuera por el látigo, lo mismo me daría ser esclavo.

Y, haciendo esta reflexión, Santiaguillo se colgó la sombrerera del brazo por la cinta, introdujo las manos en los bolsillos, y avanzó por la calle á buen paso; mas, al doblar la esquina, comenzó á caminar con tal lentitud, que otro muchacho le dijo que andaba como los caracoles.

Santiaguillo no pudo menos de sonreír, y, pensando que al insolente muchacho le debía importar poco su manera de andar, alejóse sin hacer aprecio de sus palabras.

—¿Dónde vas tan de prisa?—preguntóle, en tono de mofa, otro chico de la misma edad, á quien encontró más lejos y que llevaba un perro.

—No sabía yo que iba de prisa,—contestó Santiaguillo lacónicamente.—No era mi intención apresurarme: á mí me gusta andar como los señores.

—Pues yo pensaba que ibas al trote largo,—replicó el otro.

—Así me dijeron que hiciera, pero á mí no me conviene. Yo quisiera que los que necesitan sombreros se los llevaran á su casa.

—Pero, si lo hicieran así, ¿en qué te ocuparías tú?

—¡Oh! Creo que estaría donde otros muchachos están si cada cual hiciera su trabajo.

—¡No sería mal trastorno!—replicó el del perro.—Para muchos de nosotros nos resultaría grave perjuicio; mas, por otra parte, ¿quién nos confec-



cionaría la ropa y los zapatos y otras muchas cosas que nos son indispensables y no sabemos hacer?

—Yo no miraba la cuestión por ese lado,—repuso Santiaguillo.

Y, deseoso de cortar aquella conversación enojosa, añadió:

—¿Dónde has obtenido ese perro?

—Mi padre se lo compró á un vecino, y por cierto que es muy hábil.

—¿Quién: el vecino ó el perro?

—¡Hombre, el perro! ¡No seas tonto! Hace muchas habilidades.

—¡Bah! Eso lo dirás tú.

—Tú mismo lo puedes ver.

—¡Búscala, Sultán!—gritó el chico arrojando una pelota al aire, que el perro cogió con la mayor destreza, depositándola después á los pies de su amo, tan satisfecho, al parecer, como los que le miraban.

—Apuesto una hora de mi tiempo á que tu perro no es tan hábil como el que mi maestro tiene,—dijo Santiaguillo dejando la sombrerera en el suelo.

—Y ¿cómo has de pagar con semejante moneda si pierdes, ni qué obtendré yo si gano?

—Espérate hasta que ganes, y luego veremos,—dijo Santiaguillo.

—Bien: ahora haré trabajar al perro.

—Sí: y despáchate, porque debes suponer que voy de prisa.

—Ya se conoce,—contestó, en tono de mofa, el otro chico.

Y, llamando al perro, obligóle á coger la pelota en el aire varias veces, hízole arrodillarse en actitud suplicante, y consiguió que el animal hiciera todas sus gracias, hasta que estuvo cansado.

—¡Vamos, no trabaja mal!—dijo Santiaguillo.

—Aun no lo has visto todo,—repuso su interlocutor;—porque este perro que aquí ves, tiene más picardías que un mono. Ahora verás cómo trabaja.

Y, así diciendo, el muchacho comenzó á correr de un lado á otro, se-

guido siempre de su perro, al que hacía saltar por encima de los bancos, á derecha é izquierda del paseo, como lo haría un caballo en una carrera de obstáculos. Santiaguillo iba detrás muy despacio, sin recordar ni remotamente que se le había recomendado la ligereza.

—El perro de mi maestro dejaría muy atrás á ése,—dijo, al fin, á su compañero, con expresión desdeñosa.

—¡Ah!—replicó el muchacho desconocido.—Aun no sabes todo lo que sabe hacer.



—Lo que yo digo es que, tanto el perro de mi maestro como otro cualquiera, sabe correr tras de una pelota y cogerla al aire,—dijo Santiaguillo,—prescindiendo de que tú no la tiras como debieras. Dámela á mí y verás cómo yo hago...

—Eso no,—interrumpió el otro,—porque el perro no te obedecería á ti.

—La verdad es que yo no le he visto hacer todavía nada notable.

—Eso no quiere decir que no sepa.

—Repito que el perro de mi maestro dejaría muy atrás á éste.

—Espérate un poco, y ya verás: aun no ha dado á conocer la mitad de sus habilidades. Yo te aseguro que dentro de poco quedarás admirado.

—Pues date prisa y veámoslo.



El chico del perro se alejó un poco para tener más espacio libre donde el animal pudiera trabajar bien, y siguióle Santiaguillo, que, con sus largas piernas y su sombrerera pendiente del brazo, tenía un aspecto muy cómico. El tunante sabía andar ligero cuando se le antojaba, pero no para servir á los demás.

El perro comenzó de nuevo sus ejercicios con la pelota, dando grandes saltos al aire para cogerla al vuelo, y corriendo como un loco cuando se le escapaba.

—Vamos,—dijo Santiaguillo;—me mantengo en mi opinión: ese perro no vale, ni con mucho, tanto como el de mi amo.

—¡Cómo que no! Tráelo por aquí algún día y veremos si puede igualar al mío; pero muy pronto te convencerás de la superioridad de éste.

—Pues despáchate, pues ahora deberé correr de veras para que no me riña el amo, porque he perdido mucho tiempo.

El dueño del perro arrojó entonces la pelota á la casualidad, según dijo después, pero de modo que pasara entre las largas piernas de Santiaguillo, entre las cuales se precipitó con tal ímpetu, que el muchacho, el animal y la sombrerera rodaron por el suelo á consecuencia del choque; y todo esto fué tan repentino, que nadie hubiera podido evitarlo.

Entretanto el otro chico, que contemplaba la escena desde lejos, destornillábase de risa, profiriendo tan ruidosas carcajadas que llamaba la atención de los transeuntes.

—Vamos,—gritó;—dime ahora si el perro de tu maestro haría otro tanto.

—No,—contestó Santiaguillo levantándose del suelo, mientras que el perro se alejaba de él con las orejas gachas, cual si comprendiese su torpeza;—no, el perro de mi amo no es tan bestia.

—¿Qué quieres decir? Eso es un insulto.

—Ese maldito perro me ha hecho caer de bruces: por su culpa tengo las rodillas doloridas y las manos desolladas.

No era esto tal vez lo que más sintió Santiaguillo cuando, después de reponerse un poco, pudo echar de ver el desperfecto de la sombrerera. ¿Qué valían sus contusiones comparadas con aquello?

—La caja importa poco,—observó su interlocutor con burlona simpatía; —lo esencial es que el sombrero no haya sufrido.

Al destapar la caja, vióse que aquél estaba completamente apabullado, sin conservar apenas su primitiva forma.

¡Cuánto sentía ahora, el chico, no haber hecho lo que su maestro le recomendó, en vez de perder el tiempo de una manera tan lastimosa! ¿Qué haría en tan apurado trance? ¿Cómo presentarse á su maestro para darle cuenta de de la avería ocasionada sólo por culpa suya?

—Los señores no debían encargar que se les llevasen los sombreros á su casa,—murmuró, al fin, como para consolarse con esta reflexión; pero su conciencia le decía algo muy diferente.

—¡Ea!—díjole el chico del perro.—Bien ves que has perdido la apuesta, y también una hora de tiempo, á la verdad bien inútilmente. Dime, ahora, cómo y cuándo me pagarás.

—¡Déjame en paz con tu apuesta! Harto tendré yo que pagar por causa de ese maldito perro,—contestó Santiaguillo, sin poder reprimir algunas lágrimas.

—Muy bien,—repuso el otro;—no hablemos más de eso; pero al menos confiesa que Sultán es un perro notable: con su último ejercicio me ha dado á conocer que es más hábil de lo que yo creía.

—Tú tienes la culpa de lo que acaba de pasar,—replicó Santiaguillo con expresión de enojo;—y estoy seguro de que lo has hecho á propósito.

—Mi palabra que no, como dicen los caballeros.

—Hubieras podido detenerle...

—No me era posible; y, además, si hubieses ido á desempeñar tu comisión en vez de entretenerme aquí para ver las habilidades de mi perro, que poco te pueden importar, no te habría sucedido ese percance.

Y, después de hacer esta severa reflexión, el muchacho se alejó seguido del can, dejando á Santiaguillo inmóvil y en muda contemplación ante el sombrero apabullado y la sombrerera chafada.

No podía pensar en llevárselo así al parroquiano, y faltábale también valor para presentarse á su maestro.

—¿Cómo te ha sucedido ese fracaso?—preguntó una niña acercándose al chico con expresión compasiva.

—Me he caído con la sombrerera debajo.

—¿Y estás muy afligido?

—Sí, y además tengo miedo del amo.

—¡Miedo un muchacho como tú!—exclamó la niña.

—Sí, porque el maestro me despedirá.

—Suplícale que te perdone.

—Estoy seguro que me echará á la calle en cuanto llegue.

—Si quieres yo intercederé por ti,—dijo la niña;—pues yo no debo temer nada.

Aquella oferta fué como un rayo de esperanza para el pobre muchacho, que no tenía nada de valeroso.



—¿Á quién debo dirigirme?—preguntó la niña.
—Yo la conduciré á V.,—contestó el muchacho.



Y, cogidos de la mano, los dos se dirigieron, al punto, hacia la tienda del sombrerero, que Santiago señaló á su compañera.

—¡Calle!—exclamó la niña. Pues ¡si esa es la tienda de mi papá! Vamos: voy á rogarle que te perdone, y no dudo que alcanzaré tu gracia.

Gracias á la intercesión de su protectora, Santiaguillo *el trotón* no fué despedido; pero hubo de sufrir las burlas de los chicos que le conocían, y particularmente del que había sido la causa principal de su percance. Todo esto contribu-

yó á cambiar su carácter; tanto, que en lo sucesivo fué un modelo de buena conducta, mostrándose tan activo en todo cuanto se le mandaba hacer, que mereció su apodo de *trotón* por la rapidez con que iba á todos los recados, desempeñando con el mayor acierto las comisiones que se le confiaban. La niña que intercedió por él, pudo quedar satisfecha de su agradecimiento.

LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN

I

SALOMÓN, hijo de David, fué el rey más sabio de la tierra. Educado por el profeta Natán, bajo la dirección de su padre, igualmente inspirado por el espíritu de Dios, desde sus más tiernos años era ya el real niño un prodigio de virtudes y otro prodigio de conocimientos por su aplicación y deseo de aprender.

Y fué creciendo en años y granándose como una espiga en méritos de inteligencia y santidad, de modo que era el orgullo y esperanza de Israel.

Muerto David, quedó Salomón casi niño al frente del pueblo de Dios; y aunque temía en su modestia no poder sobrellevar dignamente el peso de su gobierno, subió resueltamente las gradas del trono, poniendo los ojos en el Cielo y el corazón en Dios.

Sentado ya en el trono de David, se consagró á hacer la felicidad de Israel guardando y haciendo guardar la ley, administrando justicia con ejemplar equidad á grandes y pequeños, á ricos y pobres; socorriendo á los necesitados de pan y de consejo, reparando los daños de pasadas guerras, sellando la paz con todos los príncipes, para que á su sombra prosperaran la agricultura y las artes útiles.

Antes de la construcción del templo, que fué más tarde gloria también de Salomón, el altar de los holocaustos que erigió Moisés y estableció David cuando trasladó á Sión el arca de la alianza, estaba en la altura llamada Gabaón; y á este templo portátil subió luego Salomón como á inaugurar solemnemente

su reinado y recibir su consagración inmolando en sacrificio á Dios mil víctimas pacíficas.

Complaciéndose el Señor en el rey casi niño, hubo de aparecérselo en sueños una noche y le dijo:

—Pídeme, Salomón; pídemelo que quieras que te dé, y eso te daré, porque estoy satisfecho de ti.

—Señor,—contestó el joven muy humildemente;—grandes misericordias obraste con tu siervo David, mi padre, según que él anduvo delante de ti en verdad, en justicia y en rectitud de corazón. Y ahora, Señor, Dios mío, has hecho que reine tu siervo Salomón en lugar de David; pero yo soy mozo sin experiencia, y no sé bien cómo manejar-me para gobernar con rectitud y justicia un pueblo tan numeroso. Si he hallado gracia delante de ti, Señor, dame solamente un corazón recto, inteligencia clara, buen juicio, sabiduría para reinar dignamente sobre tu pueblo.

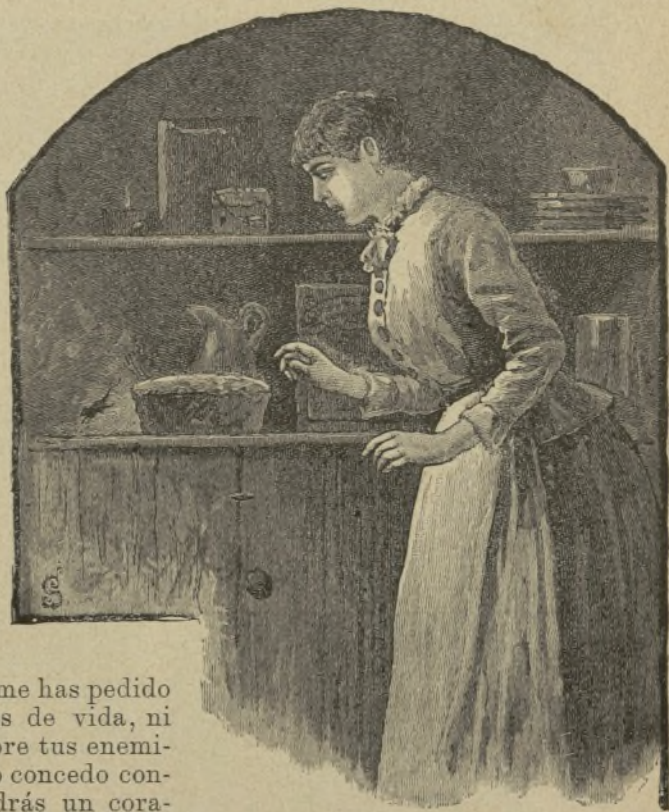
—¡Salomón! ¡Salomón! Por cuanto sólo me has pedido esto, y no muchos años de vida, ni riquezas, ni triunfos sobre tus enemigos, sino sabiduría, te lo concedo conforme á tus deseos. Tendrás un corazón recto, y tan alta inteligencia, y tal y tanta sabiduría, que nadie se igualará á Salomón antes ni después de su tiempo.

Y, en gracia de lo que me has pedido, todavía lo que no me has pedido te daré: riquezas y honores y gloria y felicidad sobre la sabiduría, para que no haya uno delante de ti entre todos los reyes de los tiempos pasados ni futuros.

Y si anduvieres en mis caminos y guardares mi ley sin tropezar ni caer, prolongaré también los días de tu vida para que goces mucho tiempo tu gloria y tu felicidad.

Salomón se despertó animado ya del espíritu divino, que, brillando ya en su frente, inspiró siempre su pensamiento y su palabra.

Y con esta consagración, después de dar gracias al Señor ante el arca del Testamento, ofreciéndole mil víctimas pacíficas, volvió á Jerusalén y se sentó en el trono de Israel para admirar á las gentes con su gobierno y sus sentencias.



Un nido curioso

DR. NAVAS, PBRO.

NOTAS DE ORO

ANTES que el presente, había escrito otro artículo cuyo epígrafe le cuadraba mejor que el que antecede; pero al revisarlo parecióme poco simpático, y, temiendo que dejaseis de leerlo, he compuesto éste, dándole un bautismo más armonioso y brillante. Lo exterior ofrece poderosa influencia en

nuestra voluntad. Nos parecemos á las mariposas, que siempre vuelan en torno de la flor más llamativa ó de la llama más luminosa, sin cuidarnos de si



Las golondrinas

allí nos espera la vida ó la muerte, la dicha ó la infelicidad.

Os hablaba, en mi citado escrito, de la solemnidad de estos días, que, en nuestra indiferencia y dominados por soberbia ignorancia, apenas si los distinguimos de los del resto del año, y, sin embargo, cada uno de ellos, con su



Las golondrinas

adusta austeridad y la sombra de tristeza que le sirve de marco, vale mil veces más que la fiesta más ruidosa y animada.

Estamos en plena Cuaresma. Al prepararse la Iglesia para celebrar dignamente la Resurrección del Señor, nos recuerda

ceptos, pero sí la caridad incomparable, la generosidad infinita, el amor ardentísimo que los inspiró. Habéis oído, durante vuestra plácida niñez, palabras muy tiernas y delicadas, pero ninguna tan conmovedora como el «Amaos los unos á los otros,» ni preceptos tan sublimes como los que á continuación transcribo.

«Misericordia quiero y no sacrificios.»

«Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los mansos;

los cuarenta días que el Divino Maestro estuvo en la montaña predicando sus sublimes doctrinas, base de la humana dignidad y de nuestra redención. Niños: no podéis comprender todavía el trascendental alcance de los divinos pre-

bienaventurados los que lloran y padecen persecuciones; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; bienaventurados los tristes, porque de ellos será el reino de los Cielos.»

«Amad á vuestro enemigo; haced bien al que os aborrece; orad por los que os persiguen; imitando á Dios, que hace resplandecer el sol para los buenos y para los malos.»

«Yo os doy un precepto nuevo, y es que os améis los unos á los otros como yo os he amado. Seréis conocidos por discípulos míos si os amáis recíprocamente. Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. No os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que su señor hace; sino amigos, porque os he hecho conocer todo lo que de mi padre he oído. Yo vine á este mundo para dar testimonio de verdad.»

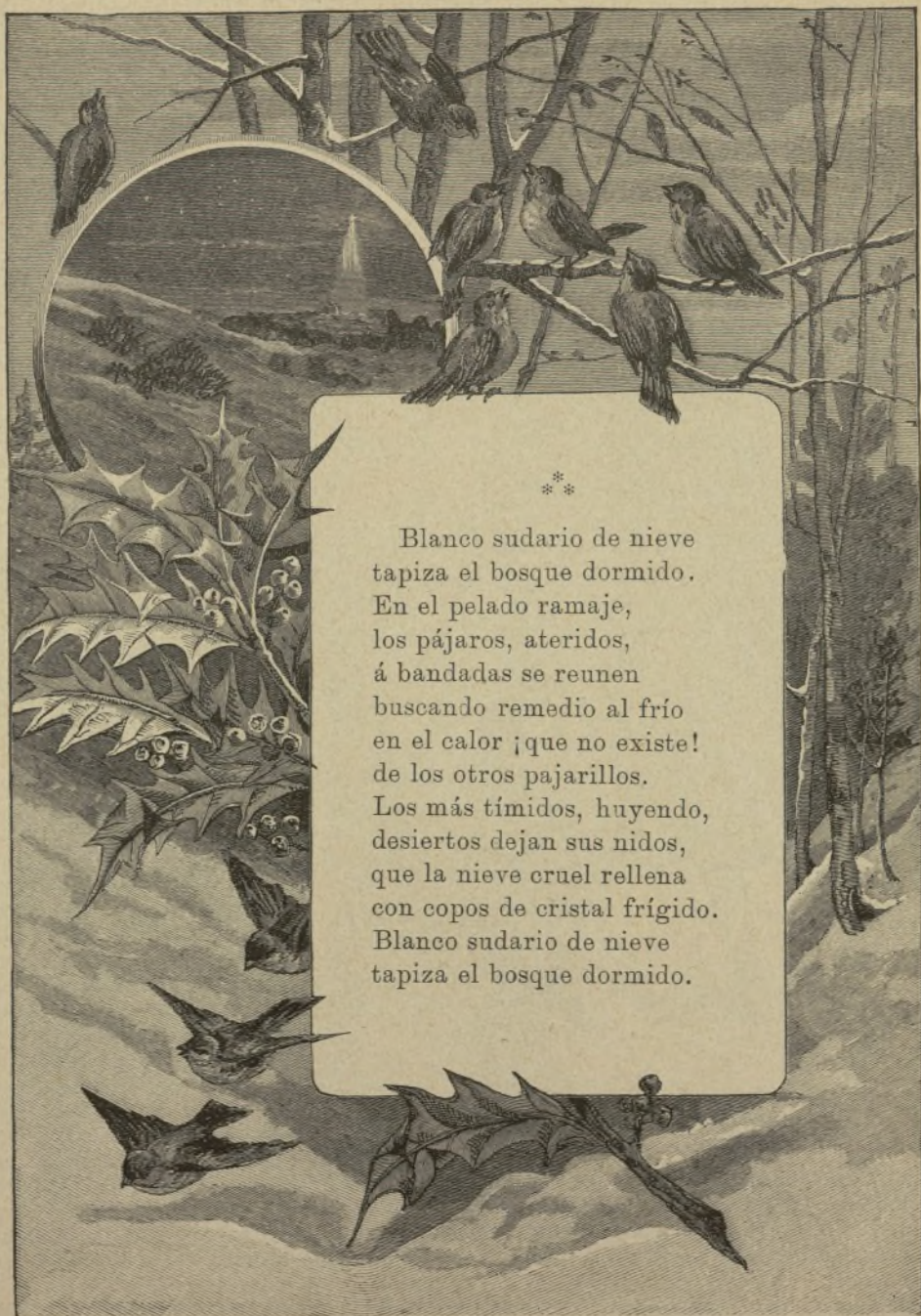
¡Por qué continuar copiando del Nuevo Testamento, si los párrafos trascritos son un tesoro de imponderable valor! No los echéis en olvido, mis queridos niños: grabadlos en vuestra memoria con caracteres indelebles, seguros de que en lo porvenir han de ser coraza que os escude contra los embates que el destino os tiene reservados. En vuestras alegrías ellos os infundirán moderación; en el esplendor de la fortuna os harán parcos y discretos; y en vuestras aficciones os infundirán los consuelos más eficaces que le sea dado resistir al humano corazón.

Todo es efímero y transitorio: todo menos la verdad divina. Amadla, pues, con preferencia á todo, que sólo de ella dimana la verdadera felicidad. Amad el mundo cual lo mutable debe ser amado; pero vuestro pensamiento elevadlo siempre: siempre arriba, ya que, anegándole en las esferas de lo infinito, se fortificará y os hará buenos; único y supremo bien á que debéis aspirar.

A. OZORES



Ayuntamiento de Madrid



Blanco sudario de nieve
tapiza el bosque dormido.
En el pelado ramaje,
los pájaros, ateridos,
á bandadas se reunen
buscando remedio al frío
en el calor ¡que no existe!
de los otros pajarillos.
Los más tímidos, huyendo,
desiertos dejan sus nidos,
que la nieve cruel rellena
con copos de cristal frígido.
Blanco sudario de nieve
tapiza el bosque dormido.

* NUESTROS GRABADOS *

LA ABUELA

D.^a Clotilde se hace ya muy vieja y tiene muy poca vista. Muy pronto contará setenta años, y ya no le es posible leer ni coser; pero tiene muchos nietos, y dice que son sus ojos.



Las voces de la inocencia

Los niños, en efecto, quieren mucho á su abuela, y todas las noches leen á la luz del quinqué para que se distraiga un poco. Las niñas son demasiado pequeñas aún, y no pueden hacer otro tanto; pero la mayor se encarga de enhebrar las agujas para la buena anciana: de modo que ésta puede coser muy bien aunque no tenga buena vista.

Así deben hacer los niños para ayudar á los mayores.

UN CURIOSO NIDO

Ya sabréis, hijos míos, la historia de aquel ratoncito que se introdujo en el nido de un jilguero para habitar allí. Ahora os daré á conocer otro hecho análogo, pero más raro aún.

Cierto día guardé en la alacena un pan de tres libras que acababan de traer del horno, para no comerlo hasta el día siguiente. Un ratoncito penetró en el armario, atraído, sin duda, por el olor de la masa caliente; y, creyendo que allí se podría ocultar muy bien, practicó un agujero con sus blancos dientes. Seguramente le gustó el pan y penetró en el interior, haciendo al fin un agujero grande en el centro.

Aquel sitio le pareció, sin duda, muy conveniente, y se quedó dentro. La tía Catalina fué á buscar el pan al día siguiente, sacólo de la alacena sin notar nada, y comenzó á cortarlo, cuando de pronto parecióle oír en el interior un ligero grito. Un momento después salió el ratoncito corriendo, y, asustada Catalina, dió un salto hacia atrás, mientras que el animalito desaparecía por otro agujero del suelo.

La buena mujer partió del todo el pan, y ¡cuál no sería su asombro al ver ocho ratoncitos, que tendrían, lo más, una pulgada de largo!

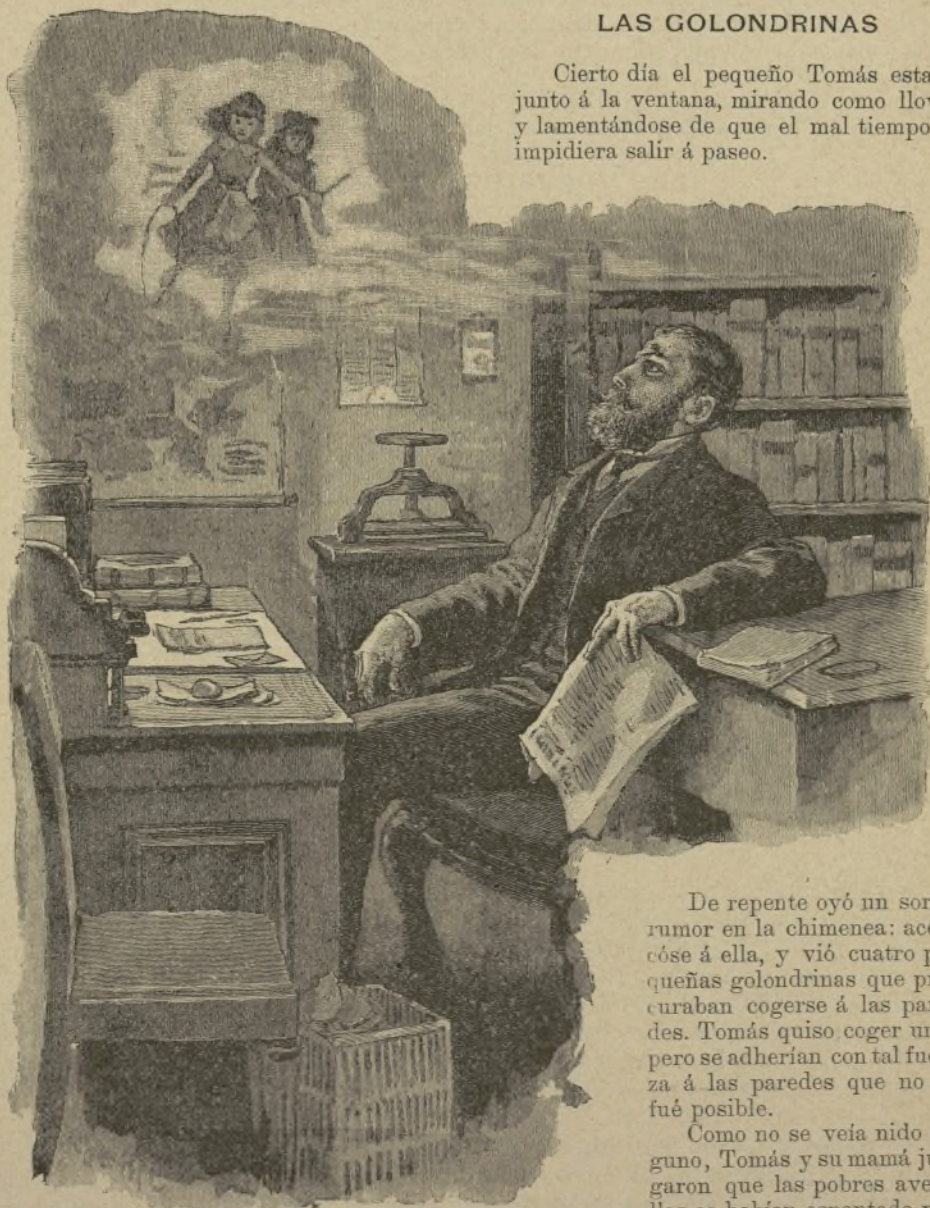
—¡Pobres animalitos!—murmuró Catalina.—Os compadezco de veras; pero sois una familia que no me conviene en casa, y mucho menos en la despensa.

Y, envolviendo el pan en una toalla, se lo llevó al campo vecino para que los ratoncitos no le molestasen más tarde.

Al día siguiente buscó un gato, á fin de verse libre de tan perjudiciales huéspedes.

LAS GOLONDRINAS

Cierto día el pequeño Tomás estaba junto á la ventana, mirando como llovía y lamentándose de que el mal tiempo le impidiera salir á paseo.



Las voces de la inocencia

De repente oyó un sordo rumor en la chimenea: acercóse á ella, y vió cuatro pequeñas golondrinas que procuraban cogerse á las paredes. Tomás quiso coger una, pero se adherían con tal fuerza á las paredes que no le fué posible.

Como no se veía nido alguno, Tomás y su mamá juzgaron que las pobres avecillas se habían espantado por la lluvia. El niño no sabía qué hacer, pues las peque-

ñas golondrinas no podían ya subir por la chimenea ni sus padres bajar, y si las llevaba al patio el gato las devoraría. De pronto ocurrióle una idea, y dijo á su madre que podría llevarlas al observatorio, situado en la azotea, para que su papá las pusiese en la chimenea. Obtenido el permiso, fué á buscar un cestito, cogió las pobres golondrinas, y, colocadas dentro, su mamá cubrió aquél con un pañuelo para que no salieran.

Por la tarde brillaba ya el sol: el papá llegó á la hora de comer, y, enterado del hecho, todos subieron al observatorio.

Tomás sostuvo la cesta, mientras que su papá colocaba las avecillas en la punta de la chimenea, una por una. Agarráronse á los ladrillos, y comenzaron á gritar.

El padre de Tomás levantó del suelo á su hijo para que viera las golondrinas, y después bajaron al comedor para que los padres de aquéllos pudieran ir á buscarlas sin temor.

Cuando reinó el silencio en el terrado, el macho y la hembra llegaron presurosos, y enseñaron á sus hijuelos cómo debían hacer para volver á su nido.

LAS VOCES DE LA INOCENCIA

Dos voces me gritan de continuo: «Sé bueno, papá: no trabajes hoy demasiado, y piensa un poco con nosotras.» Estas voces son las de dos niñas de dorado cabello, ojos azules y singular belleza; y, mientras recorro las calles durante el día, pareceme oír de continuo sus cariñosas palabras, las cuales revelan su sincero amor y tienen para mí más dulce expresión que todas las demás.

Si no socorro á un hermano necesitado; si busco mis beneficios en las pérdidas de los demás; si medito algún acto injusto, ó proyecto alguna cosa indigna de mí; muy pronto creo oír las voces argentinas que me repiten: «Sé bueno, papá; sé bueno, y piensa un poco en nosotras.»

Y entonces, comprendiendo todo el valor de sus palabras, sigo el camino recto, sin osar nunca desviarme de la senda del bien.

DOS ÁNGELES

Son dos niñas candorosas,
tan lindas como graciosas.

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—¿Paulina?... Sí... ¿Por qué no viene? Yo iría á verla si pudiese,—dijo el enfermo sin saber lo que decía.—No ha llegado aún... Francisco: envía otro caballo. ¡Pues! No hay sino seis millas: seis millas en tres horas es... ¿cuántas millas es por hora?... Diez millas... Sí... ¿No es eso? No le deis prisa: no le digáis que esté malo, ni á padre tampoco... Que no la dejen verme, ni tampoco Jaime, ni Francisco, ni mi buena Fanny, ni nadie... Son demasiado buenos para conmigo. Únicamente deseo ver á Paulina, una sola vez, antes de morir...; pero que no la deis miedo... Decidle que me portaré muy bien... muy bien, cuando esté aquí.

Después de haber delirado de este modo, cerráronse sus ojos y cayó en un profundo abatimiento, en cuyo estado permaneció algún tiempo. Al fin, sus hermanas, que se habían quedado á su lado cuidándole, oyeron llamar á la puerta. Eran Francisco y Jaime que venían con un cura, por quien Jorge había pedido. El sacerdote llegó acompañado de un buen médico que se encontraba por casualidad en su casa y había querido ir con él. Así que aquel excelente facultativo hubo tomado el pulso al paciente, reconoció que el ignorante boticario, á quien de momento habían ido á buscar, se había equivocado respecto á la enfermedad de Jorge y le había tratado al revés. Era una

fiebre pútrida, y el boticario había sangrado al joven muchas veces seguidas. El médico pensó que habría podido salvarle á haberlo visto tan solamente dos días antes, pero á la sazón el caso era desesperado. Con todo, no por eso dejó de intentar lo que estaba á su alcance hacer.

Por la mañana la enfermedad parecía presentar un cariz favorable. Jorge recobró el conocimiento; reconoció á su padre, sus hermanos y Fanny. Hablábales á cada uno con su dulzura acostumbrada mientras estaban en torno de su cama, y aun preguntó si había llegado Paulina. Cuando la vió dióle tiernamente las gracias por haber ido, pero no se acordaba que tuviese que decirle nada de particular.

—Quería tan solamente veros á todos reunidos para daros gracias por las bondades de que os soy deudor desde que estoy en el mundo, y deciros adiós antes de mi muerte, porque conozco bien que me voy á morir. Vamos, no lloréis así. ¡Padre! ¡Ah! ¡Mi pobre padre es el que es más de compadecer, porque ni Jaime ni Francisco podrán permanecer con él!...

Pero viendo el dolor de su padre, que el buen anciano se esforzaba vanamente en contener, detúvose Jorge, y se llevó las manos á la cabeza como para poner en orden sus confusos pensamientos.

—Dejadme ver á nuestro buen cura ahora que me hallo en disposición de hablarle.

Tomó entonces la diestra de cada uno de sus hermanos y hermanas, reuniólas y las oprimió contra sus labios. Después, mirando á su padre, que en aquel momento se mantenía algo apartado, murmuró:

—Ya me comprendéis... Nunca conocerá la necesidad mientras vosotros trabajéis para sostenerle... Si no debo veros más ya en este mundo, adiós... Preguntad á mi padre si quiere darme su bendición...

—¡Bendígate Dios, hijo mío! ¡Bendígate Dios, mi querido hijo!... Dios no rehusará su bendición á un hijo tan bueno.

Y diciendo estas palabras, el padre, transido de dolor, puso sus manos trémulas sobre la frente de su hijo, helada ya por el frío de la muerte.

—¡Qué dulce consuelo es para un hijo recibir la bendición de su padre!—dijo Jorge.—¡Ojalá podáis todos vosotros recibirla también si jamás os encontráis en el estado en que me encuentro!

—Largo tiempo habrá que no seré yo de este mundo, muy largo tiempo, espero,—dijo el pobre anciano saliéndose del cuarto.—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Haced que pase el sacerdote.



Dos ángeles

(Se continuará)

Soluciones á las charadas del número anterior:

TIQUIS-MIQUIS. — CANTALAPIEDRA. — SERVIA. — BARRABÁS. — ROMA. — SILO

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES



ACRÓSTICO

Con las iniciales de los siguientes nombres, formar el de una ciudad española:

Teresa, Arcadia, Rosa, Paula, Valentina, Dionisia, Odulía, Nicomedes, Elena, Elvira.

CARMEN MORENO

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 = Una ciudad española.
 5 4 3 2 8 9 1 9 = Lo que no quiere tener un casero.
 2 3 5 4 7 1 2 = Nombre de un regimiento.
 4 3 8 9 3 4 = Antigua universidad.
 5 2 7 8 9 = Persona defectuosa.
 8 9 1 2 = En todas las calles.
 4 7 6 = Nombre de mujer.
 2 1 = En la baraja.
 8 = Consonante.

FERNANDO VALEA

TERCIO DE SÍLABAS

• • • | • • • | • • •
 • • • | • • • | • • •
 • • • | • • • | • • •

Formar, con la primera línea vertical y el primer grupo, un nombre de mujer; con la segunda, un aparato químico; y con la tercera, otro nombre de mujer.

MAGDALENA CABRERA

CUADRADO

• • • •
 • • • •
 • • • •
 • • • •

Sustituir estos puntos con otras tantas letras, de modo que digan: 1.ª línea-vertical y horizontal, un nombre de mujer; 2.ª, una parte de los dedos; 3.ª, un animal; 4.ª, un nombre sustantivo.

PURIFICACIÓN SAGASTA

FUGA DE CONSONANTES

a . u . e . . e . a . a . e . . o . . a . e .

FRANCISCO AGUADO

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra, de la cual quitando una letra, dé los siguientes resultados: 1.º, signo de ancianidad; 2.º, animal doméstico; 3.º, letra; 4.º, consonante.

MÁXIMO LÓPEZ RODRÍGUEZ

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitoográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371 --BARCELONA.